tomaba ocasion de decir sus virtudes, se resolvió á lo último de no pedir reprensiones, diciendo que por aquel camino más era lo que perdia que lo que ganaba.

## CAPÍTULO XVII.

### *De la grande estima que hacia de los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio.*

Hacia grande estima de los Ejercicios Espirituales del santo Padre Ignacio, no sólo como de medio utilísimo para convertir pecadores, sino tambien como de instrumento muy eficaz para renovar el fervor, y adelantarse en espíritu las personas religiosas. Y así cada año por vacaciones se recogia algun tiempo á hacer estos ejercicios; y porque nuestro santo Padre Ignacio los dividió en cuatro semanas, los tenia él divididos con algunas sentencias latinas y advertencias breves á propósito de cada semana, conforme á la diferente materia que en ellas se medita, y el fin que se pretende. Pero porque sus papeles espirituales los cogieron luégo en muriendo, no he hallado más de lo que toca á la primera semana, que vuelto de latin en romance dice así:

*Para los ejercicios de la primera semana.*

«Los juicios de Dios son inescrutables. ¿Quién sabe si «se me han perdonado los pecados que cometí en el siglo?

«Las columnas del cielo cayeron y se quebraron. ¿Quién «me asegura que yo perseveraré?

«El mundo está sepultado en lo profundo de la maldad. «¿Quién ha de aplacar la ira de Dios?

«Muchos de los religiosos y de los eclesiásticos no atienden «ya á su vocacion. ¿Cómo ha de disimular Dios más tiempo «tan grande pérdida y menoscabo de su reino?

«Los fieles quitan á Dios la gloria, pasando toda la vida «con tanta tibieza. ¿Quién la ha de restaurar?

«¡Ay de los seglares que dilatan la penitencia hasta la «muerte! ¡Ay tambien de los religiosos que hasta aquel punto «durmieron!

«Con estos motivos has de despertar y renovar el pro-«pósito y deseo de penitencia y de servir á Dios con per-«severancia.

«La verdadera penitencia nace de considerar que he des-«preciado y afrentado á aquel Señor á quien tanto amo.

«Ella es la que hace llorar los pecados graves, de suerte, «que aun de los veniales hace tener grande arrepentimiento.

«Ella es tambien la que no sólo reconoce y reverencia «la grandeza de la misericordia de Dios en el perdon de las «culpas; pero llega á desear grandemente que se ejecuten en «el penitente las penas todas que merecen sus pecados, para «que la justicia de Dios sea honrada como merece.

«Aquí es donde da Dios á quien se dispone un odio «grande de sí mismo, con que se despierta y se confirma en «un santo deseo de atormentarse y castigarse á sí mismo con «rigurosas penitencias.» Hasta aquí son sus palabras.

## CAPÍTULO XVIII.

### *De su caridad con Dios y con el prójimo.*

Amaba tiernísimamente á Dios nuestro Señor; y en hablándose de él en su presencia, se enternecia de suerte, que se le veia en la cara, y esto en todo tiempo y en todo lugar. De aquí le nacia una encendida caridad con sus prójimos: ésta le hacia ir muy de ordinario á los hospitales á servir los enfermos hasta hacerle morir en la demanda, como verémos: cuando allá iba hacíales las camas, dábales de comer, lavábales los piés, barria la enfermería, exhortábalos á tener paciencia y confesarse. En casa habia ya pedido licencia general para visitar entre dia los enfermos todos del colegio, y así no habia quien más á menudo y con más cuidado hiciese este oficio de caridad, yendo á todos indiferentemente y con igualdad. No sólo los visitaba y consolaba, sino que cuando por dolerle la cabeza no le dejaba estudiar, se iba á buscar los enfermeros, y les ayudaba á limpiar los cuchillos y cucharas, á prevenir las cosas y hacer los otros ministerios necesarios en servicio de los enfermos y convalecientes. No paraba su caridad en ayudar los cuerpos;



con más fervor deseaba ayudar las almas, de cuya salvacion tenia ardentísimo celo; y si á los superiores les pareciera, fuéra con grande gusto á Indias para emplearse en la conversion de los gentiles, que era lo que en el siglo y en la Religion siempre deseó. Y porque en el tiempo de sus estudios no podia atender tan de propósito al trato de los prójimos (porque esto es más propio de los que acabados sus estudios y ordenados de sacerdotes se emplean en ministerios de confesiones, sermones, pláticas y otros semejantes, todos ordenados á fin de ayudar las almas), él en este tiempo procuraba ayudar

P. Juan Pescatore, de la Compañía de Jesus,
Maestro de Novicios de S. Luis.
De un lienzo de la Universidad Gregoriana de Roma.
(Véase el libro II, cap. 9, 10 y 30.)

siquiera á las almas de sus condiscípulos y hermanos, de las puertas adentro de la Religion, ayudándose para eso de muchas trazas, y de la prudencia grande que Dios le habia dado.

Con este fin, demás del buen ejemplo que daba á todos con su santa vida y el fruto que con él hacia, preguntó al Padre rector si le parecia que se encargase de procurar que en las quietes de mediodía y de la noche se hablase siempre de cosas espirituales, y se atajasen las otras pláticas, no digo de cosas ociosas é impertinentes (que éstas nunca se permiten), sino tambien de las de cosas indiferentes y de estudios; y teniendo la aprobacion del superior, dió parte de este su deseo al prefecto de las cosas espirituales (que á la sazon era el

P. Jerónimo Ubaldini, que siendo prelado de la corte romana habia ya entrado en la Compañía, donde vivió y murió santamente), rogándole que él de su parte ayudase este intento, y finalmente lo encomendó mucho á nuestro Señor. Hechas estas diligencias, puso los ojos en algunos hermanos del colegio, personas espirituales (que le parecieron más á propósito para el fin que deseaba), y comunicóles su pretension, que era con su ayuda meter en la quiete pláticas de nuestro Señor. A más de esto leia cada dia media hora en algun libro espiritual ó de vidas de Santos, para tener á la mano materia de que hablar.

Con esta prevencion, dió principio con sus compañeros á lo que deseaba, usando de esta traza: que cuando estaba con personas inferiores, él era el primero que metia la plática, y los demás le seguian con grande gusto, principalmente viendo lo mucho que aprovechaban con su conversacion. Cuando se hallaba con Padres y personas graves, solia preguntarles alguna duda espiritual con deseo de aprender; con esto metia plática de nuestro Señor, y los presentes echaban de ver que él no gustaba de otras pláticas, y por darle gusto la continuaban, cortando todas las otras aunque estuviesen comenzadas, y aunque fuesen superiores los que allí se hallaban: si se juntaba con personas iguales, si estos eran de los que habia metido en el concierto, no habia dificultad; si eran los otros, él buscaba ocasion con que introducir cosa espiritual ó alguna materia devota; y como todos eran buenos religiosos, deseosos de su aprovechamiento, fácilmente se dejaban llevar y seguian el hilo de la conversacion. Cuando venia alguno de nuevo del noviciado ó de otra parte á estudiar al colegio, procuraba mucho, por sí mismo ó por medio de otro que hubiese sido compañero ó connovicio del recien venido, conservarle en el fervor y buen espíritu que traia del noviciado; y buscando ocasion, luégo al principio le cogia algun dia en la quiete y le decia con llaneza, que si deseaba conservarse y aprovecharse en la devocion hallaria muchos en el colegio que le pudiesen ayudar, pero que en el ínterin que los fuese conociendo, él le señalaria cuatro ó seis de los más espirituales con quien tratase: luégo avisaba á éstos para que buscasen ocasiones de hablarle y tratarle, y con esto venia á salir con lo que deseaba.



Si veia alguno en el colegio que andaba menos fervoroso y más necesitado de ayuda, buscaba traza cómo hacérsele muy amigo; por muchos dias y aun semanas se iba á quiete con él á mediodía y á la noche, no reparando en que otros lo notasen; cuando le parecia que le tenia ya en buen punto, dejábale poco á poco, diciéndole que por la edificacion era menester hablar con todos y no tener particularidad: aconsejábale que se acompañase con los mejores, y nombrábale algunos en particular; á los cuales avisaba que se le pegasen, porque él sabia que tenia buenos deseos, y de esta manera en dejando uno pegaba con otro, y con estas trazas en pocas semanas hizo mucho bien á muchos, y aun en los más tibios encendió tal fuego y fervor de espíritu y de devocion, que era para alabar á Dios: de suerte que habiendo á la sazon más de doscientas personas en el colegio, me acuerdo en tiempo de verano haber visto algunas veces que todos andaban en quiete repartidos por aquellos corredores y por el jardin, aquí dos, allí tres, acullá cuatro, y yo los conocia á todos, y estaba cierto que en todas aquellas conversaciones sin faltar ninguna se estaba tratando de cosas espirituales. De manera que la recreacion y la quiete era como una conferencia espiritual, y muchos confesaban que sacaban tanto fruto de ella y á veces mayor que de la misma oracion: principalmente que algunos con llaneza se comunicaban allí los sentimientos que Dios les daba en la oracion, y con eso los unos participaban de la luz de los otros. Hacíase todo esto con tanta suavidad y gusto de todos, que no venia contento á su aposento el que aquel dia con alguna ocasion no habia tratado en la quiete de estas materias. Estas eran las pláticas cuando iban al campo á hacer ejercicio, cuando iban á la viña los dias de asueto, y no parece que podian tener mejor rato que cuando se apartaban dos ó tres ó cuatro juntos á hablar de Dios y de las cosas del cielo.

Por las vacaciones de setiembre y octubre cuando se dejan las lecciones, y los estudiantes del colegio Romano van algunos dias á Frascati para desahogarse de los estudios, juntamente pedian licencia, y se llevaban consigo quién á Gerson, quién la Vida de san Francisco y la de santa Catalina de Siena ó la de nuestro santo Padre Ignacio; unos leian la crónica de santo Domingo, otros la de san Francisco; éstos

gustaban de las Confesiones y Soliloquios de san Agustin, aquellos de los Cantares de san Bernardo: algunos más espirituales gustaban más de la Vida de la beata Catalina de Génova; otros, que eran más inclinados al desprecio de sí mismos, leian la del beato Giacopone y la del beato Juan Columbino: llena el alma de esta leccion se salian á la mañana y á la tarde de dos en dos, ó de tres en tres, á hacer ejercicio por aquellas montañas, platicando lo que habian leido. Tal vez se encontraban diez ó doce juntos por aquellos bosques y selvas, y se paraban á tener una conferencia espiritual con tanto gusto, con tanta devocion y fervor, que parecian otros tantos Angeles del cielo; de suerte que la ida á Frascati no menos restauraba las fuerzas del alma que las del cuerpo, y los unos servian á los otros de ejemplo y de espuelas para servir á Dios. Testigos son de todo esto tantos padres y hermanos que lo vieron y probaron por estar presentes, y ahora están repartidos por todo el mundo á fructificar en la viña del Señor.

De todo esto despues de Dios se debia la gloria á Luis como á principal motor; por eso todos con razon le amaban y veneraban con particular devocion: todos le seguian y buscaban para hablarle y oirle, y cuando no le podian haber, lo sentian por lo que perdian. Lo que le hacia más amable era, que no tenia siempre el arco tirante sin aflojarlo, sino que con cordura y prudencia se sabia acomodar al tiempo y á la ocasion y á las personas; y aunque en sus acciones era sério, pero no era en sus pláticas nada melancólico ni pesado, sino gracioso y afable con todos, y tal vez se dejaba decir su gracia y su agudeza, y contaba algun cuentecillo á propósito, todo dentro de los términos de la modestia religiosa. Esta fué la vida de Luis en el colegio Romano los primeros dos años y medio que allí estuvo, y éstos son los efectos que con ella obraba.



## CAPÍTULO XIX. VI.

*Cómo fué enviado á su tierra para apaciguar algunos encuentros graves que habia entre el Duque de Mantua y el Marqués su hermano.*

Habiendo sucedido en Mantua la muerte del Sr. Horacio Gonzaga, señor de Solferino, aquel feudo venia á su sobrino el marqués Rodolfo como á pariente más cercano por legítima sucesion. Pero habiendo aquel señor en su testamento dejado por heredero al Sermo. Duque de Mantua, S. A. tomó posesion de aquel señorío. Con esta ocasion la Marquesa de Castellon D.ª Marta fué á Praga, dejando el gobierno de Castellon al marqués Rodolfo, y llevó consigo otros tres hijos pequeños que tenia: el mayor era D. Francisco, que al presente es marqués y á la sazon no tenia más de nueve años; pero de aquella edad recitó una oracion bien larga al Emperador con tanta gracia, que él le quedó muy aficionado, y se le pidió á la Marquesa por paje, y ella se lo dió. Envió el Emperador un comisario suyo que en su nombre embargase y administrase aquel feudo, hasta que S. M. declarase por sentencia definitiva á quién pertenecia de derecho. Vióse la causa, y salió la sentencia en favor del marqués Rodolfo, declarando pertenecerle como á pariente más cercano. Pero en el ínterin no faltaron algunos malsines y ministros del demonio que con siniestras informaciones atizaron el fuego, haciendo que cuanto habia sido mayor el amor entre aquellos señores, fuese mayor la enemistad presente. Crecieron las sospechas, multiplicáronse las quejas y los disgustos, de suerte que la causa de Solferino, que se trataba civilmente, era ya lo de menos importancia en estas controversias; y como eran tantos los cargos que hacian al Marqués, temíase que este negocio habia de parar en mucho mal.

Pusiéronse de por medio para reconciliarlos algunos personajes de mucha importancia, y entre otros el Sermo. archiduque Ferdinando, hermano del emperador Maximiliano, pero todo fué sin provecho. Finalmente madama Eleonora de Austria, madre del duque Vicencio, y la marquesa D.ª Marta, madre del marqués Rodolfo, viendo la cosa reducida á tales